

PANEL PARA INGRESANTES A FILOSOFÍA

21/02/2017

Me parece importante compartir con ustedes algunas experiencias que marcaron mi manera de concebir qué es el filosofar y de cómo enseñarlo:

Lo 1º que les quiero contar es que en 1973, o sea hace 44 años, cuando ustedes no habían nacido, se produjo en esta Facultad de Humanidades un gran movimiento. El Decano era el profesor Rodolfo Santander que había pasado varios años en Bélgica haciendo el Doctorado en Filosofía y que cuando llegó aquí se integró de inmediato al pequeño grupo de profesores, a los que llamaremos rebeldes porque no estaban conformes con el funcionamiento de la facultad. Junto a ese pequeño grupo que estaba en disidencia con el claustro profesoral, en aquella época tremadamente conservador y poco inclinado a aceptar cambios, estaba la totalidad del estudiantado. Me parece importante señalar el grado de conciencia de los estudiantes. No pedían mayor facilidad (más turnos de exámenes, por ejemplo), sino que exigían calidad en la enseñanza y defendían la enseñanza pública y gratuita.

Pero además tanto el pequeño grupo de profesores como la totalidad del alumnado, queríamos cambiar las cosas, queríamos que la facultad dejara de ser una burbuja de cristal y se abriera a los problemas del mundo que la rodeaba. Fue una experiencia muy rica, por las tantas cosas que hicimos. Aunque también es justo reconocer que, como siempre que se quiere producir algún cambio se cometen errores; y nosotros no fuimos la excepción a la regla. Entre lo que para mí y mis compañeros de aquella época tiene un saldo positivo cito algo de lo que hicimos: por ejemplo, invitamos a los dirigentes de las villas a entrar a la facultad y debatir de igual a igual con estudiantes y con los profes que acompañábamos este intento de cambio. Es decir, **queríamos una universidad abierta al pueblo.** Y la facultad era en ese momento un hervidero de ideas. Tanto el Decanato como el Dpto. de filosofía (al que pertenecía el Decano Santander y la mayor parte de los profesores rebeldes) eran un hervidero de gente que entraba y salía, se armaban espontáneamente grupos de debate; en realidad, toda la facultad estaba en permanente debate.

Si bien se daban normalmente las clases, en los recreos y después de terminar las clases, nos quedábamos debatiendo. Y acá llego a lo que les quiero contar porque fue algo que me sacudió como una bofetada: Estábamos en una de las

aulas mezclados profesores y alumnos¹ debatiendo acerca de la necesidad de abrir la universidad a los problemas con que nos enfrentábamos fuera de ella, en la realidad de todos los días, y de repente nos sobresaltó un -¡Basta! ¡Por favor! ¿iMe pueden explicar de qué están hablando!? Era una pregunta y al mismo tiempo, por el tono de voz, un reproche. Miramos de quién provenía: era un colega, un brillante muchacho recién egresado de la carrera de historia, que en general participaba con entusiasmo del proceso de cambio que intentábamos llevar adelante. Su reclamo impaciente y casi colérico nos hizo bajar a tierra. Nos miramos, ¿y qué fue lo que vimos? Todos los que habíamos estado hablando éramos o estudiantes o profesores de filosofía. Y creíamos que lo que decíamos era perfectamente entendible para todos. Pero he aquí que un profesor universitario, inteligente, egresado de la misma facultad que nosotros, sólo que de otra carrera, que compartía nuestros objetivos y nuestros anhelos de cambio... ¡NO NOS ENTENDÍA! ¡Y nosotros estábamos justamente pregonando que la universidad se abriera al pueblo!

Hago una pequeña digresión:

Tal vez sea necesario aclarar por qué estábamos tan empeñados en que la universidad se abriera al pueblo, a la gente común, a los que no eran estudiantes universitarios. Tanto mis compañeros como yo partíamos del supuesto -y yo todavía lo sigo sosteniendo- de que todos los humanos filosofamos en algún momento de nuestras vidas, aunque no sepamos que lo estamos haciendo. Porque en definitiva ¿qué es filosofar? Entre otras cosas es pensar en profundidad, preguntarnos, tratar de encontrar respuestas. Algunas de ellas, tal vez la mayoría, serán sólo provisiones; otras, si tenemos suerte, nos acompañarán durante toda nuestra vida; significa buscar sentidos, desarrollar el espíritu crítico y preguntón propio de la filosofía, significa no quedarnos con lo que nos dicen sino pensar por nosotros mismos. Significa dejar de lado los prejuicios y esquemas previos que nos ciegan. Algunos grandes pensadores, entre ellos nada menos que Einstein destacan que los mejores filósofos son los niños con sus continuos ¿Por qué? que a veces enloquecen a los padres. Es que justamente los pequeños tienen una curiosidad insaciable y están en concordancia con el espíritu preguntón propio de la filosofía que tiene más preguntas que respuestas. Lamentablemente, como le pasó al propio Einstein, a veces ocurre que la escuela, en lugar de promover la curiosidad, el espíritu crítico –propio de los adolescentes- los desdeña para poder continuar con lo que marca el programa o la planificación. Las generalizaciones y los reduccionismos son peligrosos, por eso aclaro que no todos los docentes son así y que los hay

¹ No considerábamos que los docentes fuéramos superiores a los alumnos. Siguiendo el pensamiento de Paulo Freire, aprendíamos juntos en un marco de respeto y afecto mutuos.

excelentes. Terminada la aclaración continúo con el tema que les estaba relatando.

¿Por qué pasó eso? ¿Por qué estábamos tan empeñados en lograr una universidad abierta al pueblo?

Cuando yo cursé la carrera de filosofía en esta misma facultad tuve excelentes profesores. Sabían mucho y sabían enseñar. Les estoy agradecida por ello porque me dieron la base para que después yo iniciara mi propio camino en la enseñanza de la filosofía. Yo fui aprendiendo con ellos el lenguaje filosófico, el lenguaje específico, que tiene la filosofía como cualquier otra disciplina. Hasta ahí todo bien. Pero esos brillantes profesores, a quienes repito estoy muy agradecida, estaban como encerrados en una burbuja de cristal desde la que no se escuchaba ni veía ni interesaba lo que ocurría en el afuera. En aquella época esta Facultad que hoy está en una zona urbanizada, no tenía calle asfaltada y estaba rodeada de una villa Miseria. Para aquellos enormes, excelentes profesores, no existía la posibilidad de preguntarse y preguntarnos por qué existían Villas Miseria, por qué había hambre y desocupados, por qué los delincuentes pobres iban a la cárcel y los delincuentes ricos que podían pagar carísimos estudios jurídicos se paseaban por las calles de Resistencia.² Son algunos de los temas que pongo al azar, nada más que como ejemplos. Y hay algo más que espero no les pase a ustedes, y que si les pasa, tengan el coraje de plantearlo a sus respectivos profesores: nosotros conocimos con los nuestros hasta el último de los filósofos recién aparecido en Europa o EE. UU. Y los estudiamos tal como ellos escribieron, cada uno desde su propia circunstancia sin advertir que si esos pensadores fueron grandes no fue tanto por *lo que* pensaron y escribieron (muchas de sus afirmaciones no se sostienen a la luz de la ciencia actual) sino *porque pensaron por sí mismos*, a partir de su realidad y de su tiempo. Entonces, ése es uno de los imperativos para los que hoy inician este apasionante quehacer que es el filosofar: re-leer a los grandes pensadores desde nuestro aquí y nuestro ahora. Nuestro aquí: siglo XXI, nuestro ahora: Latinoamérica. Y otro de los imperativos tal vez sea dejar de pensar que todo intento de acercar la filosofía a la vida, al hombre concreto; toda pretensión de reflexionar utilizando los datos que nos aportan las ciencias y la vida cotidiana sea visto como de escaso rigor académico. Carácter

² Si pongo este ejemplo de los pobres que van a la cárcel es probablemente porque estoy obsesionada con la defensa de los derechos de los presos, ya que desde el 2008 estamos, junto con un joven colega y con un estudiante avanzado en la carrera, tratando de enseñar a filosofar a los presos de la cárcel federal de máxima seguridad y considerada una de las más violentas. Entre los presos y nosotros hay una relación muy gratificante de afecto y respeto mutuos.

interdisciplinario del filosofar.

Cuando ustedes sean docentes y tengan que dar clases, si no tienen en cuenta lo que acabo de decir, se producen consecuencias graves para los estudiantes y para el país:

Por ejemplo:

1. Al ser una materia "que se estudia" en lugar de ser "un momento de reflexión crítica", no le sirve ni a quien la enseña ni a quien la estudia para crecer en tanto seres humanos que conozcan sus límites y sus posibilidades.
2. Los mantiene al margen del mundo real, de la situación que viven la región, el país, el mundo.
3. En lugar de contribuir a la liberación de todo el hombre y de todos los hombres, como quería Teilhard de Chardin, (teólogo, científico y filósofo) contribuye a mantener la alienación en tanto seres humanos y la dependencia en tanto país.
4. Se reduce a ser "un saber para iniciados" en lugar de fermento de un pensamiento personal, lúcido y creativo que pueda ejercitarse en todos los ámbitos de la vida.

Para cerrar este incompleto panorama, quiero recordar a un profesor de esta facultad, filósofo, poeta y docente de excelencia, fallecido muy tempranamente y cuya lucidez necesitaríamos en estos tiempos difíciles que vivimos. Hablo de Eduardo Fracchia. En su última y más bella obra filosófica "Apuntes para una filosofía de la Resistencia", escrita en 1997 no nos da recetas, porque en filosofía no hay recetas como en un libro de autoayuda, pero sí nos señala algunas pautas que, para mí son importantísimas cuando se trata del quehacer filosófico.

Nos propone hacer:

- una filosofía inquisitiva, crítica, que se hace en el aula o en la calle, en plena intemperie, en el doble sentido de espacio físico y de falta de certidumbres, que no son otra cosa que falsas certezas.
- Que no está hecha sino que tenemos que construirla de a poco y trabajosamente como siempre ocurre cuando nadamos contra la corriente que quiere arrastrarnos en otro sentido que no es precisamente el de vivir lo más humanamente posible, tratando de encontrar el sentido de la vida, de nuestras vidas.

- Que no pretende lograr un simple cambio de roles entre dominadores y dominados. Busca algo mucho más originario y por lo tanto más profundo: nada más, pero nada menos, que la fundación de un nuevo mundo.
- Que no es una filosofía que se pueda "estudiar" sino que exige involucrarse, comprometerse a ocupar espacios allí donde haya fisuras, dado que ningún sistema, sea de la naturaleza que fuere (social, político, económico, educativo) es absolutamente compacto y controlado por el poder.
- Que sea una filosofía que sirva para promover una vida plena donde el *nosotros* reemplace al *individualismo* sacralizado por un sistema perverso.

Martha Bardaro